

El taller de explotación laboral en verano

The Sweat-Shop in Summer

Annie Marion MacLean

Traducción: Carlos Silva

(Publicación original: MacLean, Annie Marion (1903). The sweat-shop summer. *The American Journal of Sociology*, 9(3): 289-309).

La exploración de los campos relacionados con el trabajo industrial por parte de aquellos que, debido a varias circunstancias, no pertenecen a la clase trabajadora, se ha vuelto tan común que una se siente obligada a pedir disculpas a las personas que tanto han padecido por arrojar todavía otra “experiencia” más. La única excusa para esto, y para otras cosas más, es la esperanza de que pueda despertar el pensamiento y la acción de algunas personas que, hasta ahora, han sido apáticas o indiferentes, y esta vez respecto a un rotundo vestigio de los primeros momentos del sistema industrial: el taller de explotación laboral.

Desde los tiempos de Paul Göhre¹ y la señora Dr. Minna Wettstein-Adelts² a los tiempos de Walter Wycoff³, mucha gente educada ha estado interesada activamente en las privaciones de algunas fases de la industria, y de vez en cuando han arrojado ciertas luces sobre sus condiciones reales al experimentar ellos mismos el duro trabajo. Otros, de un modo diletante, han descendido y se han mezclado con la llamada escoria de la sociedad por un tiempo lo suficientemente largo como para obtener imágenes de pequeños grupos de trabajadores con el propósito de “copiar” la dura forma en que se ganaban la vida. Para los que estudian seriamente la sociedad semejante trabajo carece de valor, para el lector común y corriente puede tener una suerte de interés mórbido, y para el trabajador mismo es un insulto; mientras que un retrato honesto de las condiciones bajo las cuales la gente trabaja puede tener un valor inestimable para todos. Para el estudiante, el filántropo y el legislador sugiere una base racional para la acción constructiva; para el público en general puede servir para despertar un sentido de responsabilidad personal; mientras que para el trabajador mismo puede significar una esperanza de cara al futuro.

Es inevitable que los grandes cambios que tienen lugar constantemente en la industria moderna empujen hacia a la opresión a algunas personas que a duras penas pueden soportar la prueba. La responsabilidad no es de ellos; la culpa es de las circunstancias y del consumidor. Entonces, como consumidores, aceptemos el dictado del destino y conduzcámonos como corresponde. El deber puede

¹ *Three Months in a Workshop (1895).*

² *3½ Monate Fabrik-Arbeiterin (1897).*

³ *The Workers (1898).*

llevarme a soportar las duras condiciones del trabajador en el interés de lograr mejoras; seguramente guiará a otros para que ayuden a levantar la carga cuando sea señalada.

El campo de investigación incluido en mi presente trabajo es de difícil delimitación, debido a las amplias diferencias en las concepciones de la mente de los hombres; pero en este estudio uso el término “taller de explotación laboral” como sinónimo de “pisos de trabajo”⁴, tal como es usado por los inspectores de las fábricas en sus informes. En sí mismo, el término apareció en Inglaterra durante los turbulentos años 1847-48, cuando los trabajadores, estando en una situación muy desesperada, comenzaron a llevarse el trabajo a casa, aunque fuera por una miseria, en lugar de sentarse mansamente esperando morir de inanición. “Tanto en Inglaterra como en América, este tipo de trabajador⁵ es simplemente un subcontratista que, sea en su casa o en pequeños talleres, se compromete a realizar trabajos para los cuales a su vez subarrenda a otros contratistas, quienes deben hacerlo ante sus propios ojos”⁶. Una investigación sobre este sistema conducida por la Cámara de los Lores en 1888-90 lo ha definido como “un método de remuneración nada particular, una forma de organización industrial nada particular, pero con ciertas condiciones de empleo, es decir, sueldos inusualmente bajos, excesivas horas de trabajo y establecimientos laborales insalubres”.

El trabajo del cual hablaré fue asumido seria y responsablemente con la esperanza de que pudiera arrojar luces sobre la evolución de la industria textil, y así, incidentalmente, ayudar a la Liga de Consumidores en su cruzada contra las prendas que han sido producidas por la vía de la explotación, y de esta manera despertar en la mente de los compradores una apreciación del peligro que los acecha cuando, sin pensarlo, compran bienes hechos en condiciones insalubres, por no decir desmoralizadoras. La persona promedio, se debe admitir, sabe poco o nada de las condiciones y procesos implicados en la manufactura de las prendas de vestir. Igualmente, sabe poco de la manufactura de la mantequilla y de la producción de la leche que compra; pero su ignorancia no lo salva de la inoculación con los gérmenes de la fiebre, tampoco lo excusa cuando contagia a otros su enfermedad por falta de precaución. Las autoridades de la ciudad lo hacen responsable por la observancia de las regulaciones de la cuarentena; y así, en este caso, la ignorancia de las condiciones no debería ser excusa.

A algunos les puede parecer que el verano no es una estación auspiciosa para un estudio en los talleres de explotación laboral. Es cierto que se trata de un tiempo flojo. Sin embargo, el trabajo se sigue haciendo, y en condiciones más difíciles, en muchos aspectos, que las del período invernal. Primero que todo, la falta de actividad hace que la vida sea más precaria y así el subcontratista se ve tentado a usar los servicios de todos los miembros de su familia. Los niños al volver de la escuela deben justificar su existencia de alguna manera; o, como me dijo un hombre: “¿Para qué son nuestros hijos si no para

⁴ En el texto original “sweat-shop” y “tenement-house workshop” respectivamente. (N.T.)

⁵ En el texto original se le denomina “sweater” (literalmente, *el que hace sudar* y, también, *el que suda*), condición que se aplicaba a la persona que hacía realizar trabajos forzados y que a su vez formaba parte de ese mismo esfuerzo. El término en castellano que más se acerca a esta condición es *lumpenproletario*, pero sólo se podría aplicar a los explotados y no al sub-explotador, es decir, a las dos caras del *sweater*. Igualmente, he decidido no usarlo porque además de ser un calco semántico, un barbarismo digamos, suele estar asociado a ciertos argumentos marxistas. Luego de la definición ofrecida por la autora, he decidido llamarlo *sub-contratista*, en un caso, y *sub-contratado*, en el otro. (N. T.)

⁶ Hellen Campbell, *Prisoners of Poverty Abroad*, p.34.

apoyarnos?” Debo confesar que esto fue para mí más bien una nueva visión de las obligaciones familiares. Las obligaciones, debería pensar, están del lado de los padres, quienes son los responsables de la existencia de su prole. Una siente esto de un modo penetrante cuando ve las calles de los barrios plagadas de pequeños trozos de humanidad, ulcerando el bochorno del verano. Está muy bien decir que en un Estado el deber del hombre es reproducirse a sí mismo. El problema principal con los pobres en las grandes ciudades es que se reproducen a sí mismos demasiadas veces. Siete u ocho hijos en una casa donde sólo hay pan suficiente para dos, es una monstruosa atrocidad contra las inocentes víctimas, y el sentimiento ilustrado debería condenarlo en todas partes.

Pero no es mi intención ofrecer una panacea para tan lamentable condición social, sino sólo llamar la atención sobre el horror existente que fomenta la supervivencia de un anacronismo industrial: el taller de explotación laboral. Para el padre ignorante y abrumado, que se encuentra cosiendo en casa, la tentación de utilizar la actividad infantil es grande. No tengo problemas con aquellos que desprecian la tendencia moderna al “suicidio de la raza”⁷; son sinceros, y su protesta, sin duda, es necesaria en algunos barrios; pero para una que ha invertido más o menos tiempo durante el verano en los bajos fondos de Londres, Nueva York y Chicago, la necesidad urgente de una “limitación de raza” debe ser aparente. La alta tasa de mortalidad infantil en los barrios los salva. Esta opinión puede saber a brutalidad, pero ha nacido del sentido común. Cierta vez vi morir a un bebé en un pequeño cuarto ubicado en la parte trasera de un taller, donde la madre, su hermana y dos niños estaban acabando unas corbatas Ascot a dos centavos y medio por docena, y el mercurio marcaba noventa y nueve grados. La madre tenía al niño sobre sus piernas, y estaba trabajando media hora antes de que la vida de su pequeño se fuera. Gritó de pena durante algunos minutos, y luego dijo: “¡Gracias a Dios se fue! No podía cuidarlo.” En pocos meses ya había otro, y la lucha continuaba. Sin embargo, no todos los subcontratados están en condiciones tan desesperadas como estas, pero sí están trabajando en las peores condiciones posibles.

Mi interés en esta fase particular de la industria se manifestó activamente por primera vez durante el verano de 1900, cuando visité unos cincuenta o sesenta talleres en Nueva York para la *Tenement House Commission*⁸. Mi trabajo fue insignificante comparado con el de otros, pero lleno de significación para mí, pues reveló las condiciones problemáticas hasta ahora inimaginables de miles de trabajadores no-calificados. Todas mis visitas oficiales fueron a los trabajadores que confeccionaban corbatas, y cada mañana, antes de comenzar, revisaba cuidadosamente los informes de salubridad de tal modo que podía evitar los vecindarios donde había enfermedades contagiosas; pero, a pesar de mi vigilancia, en más de una ocasión hallé pacientes con rubéola y escarlatina en o cerca de talleres domésticos; sin embargo, se seguía cosiendo como de costumbre. Y ahora, alguien llegó a comprar esas corbatas contaminadas con los gérmenes de la enfermedad, y así una víctima inocente del afán de lucro ha pagado el precio.

Pero no es placentero pensar en todo esto. Los informes de los inspectores de las fábricas han contado la historia de la difusión de enfermedades repugnantes por medio de las prendas de vestir hechas en el

⁷ En el texto original “race-suicide”, fenómeno que consiste en el déficit voluntario de los miembros de una raza o de un pueblo respecto de tener un número de hijos suficiente para mantener la tasa de natalidad igual a la tasa de mortalidad. (N. T.)

⁸ Nombrada por el gobernador Roosevelt.

taller doméstico, y entre ellos resulta notable el informe especial sobre viruela escrito por la Sra. Florence Kelley, de Illinois, en 1894. Pero una muy pequeña proporción de las personas que compran ropa lee los reportes de estado; y así, van a ciegas, fomentando la perpetuación de un sistema en extremo espantoso –un sistema que, a pesar de la ley, utiliza el servicio de niños y de inválidos.

Mi manera de ver al interior de la industria de las corbatas me condujo a explorar extraoficialmente otra fase de la subcontratación, conocida como “los pantalones cortos”, o más correctamente, la industria de los trabajadores de la confección. Una que vive por un tiempo en la parte baja del ala occidental de Nueva York tiende a impresionarse con la continua procesión matinal y vespertina de gente cargando sobre sus cabezas y hombros grandes bultos de estas prendas sin terminar. Solía preguntarme si la fabricación de pantalones cortos era la industria básica del país. Supongo que la habilidad de los jóvenes para transformar toda su ropa en harapos en un abrir y cerrar de ojos, está en la raíz de esta gran industria, con sus concomitantes privaciones; pero, al igual que en los viejos cuentos el caballo del herrero iba descalzo, también los hijos de las personas que gastan sus vidas haciendo “pantalones” raras veces obtenían más que una disculpa por tales prendas para cubrir su desnudez.

Al final, tomé la determinación de ver por mí misma las condiciones bajo las cuales estas prendas eran confeccionadas, aprender por experiencia cuán lucrativas eran. Fui varias cuadras más allá de mi lugar permanente, hasta una región donde no era conocida, para buscar trabajo como subcontratada. Caminé muchas cuadras bajo el sol abrasador, y subí muchas escaleras en lo que demostró ser un esfuerzo infructuoso por conseguir empleo. Nadie me quería porque la época estaba floja y no había suficiente trabajo para garantizar la contratación de una mano “verde”. En ese mundo la carrera, ciertamente, es para el rápido y el diestro. Así que por fuerza tuve que retirarme del campo para engrosar las filas de los desempleados. Pero mi plan de trabajar como subcontratada no estaba abandonado, sólo postergado.

Mi siguiente intento de conseguir empleo fue en Chicago, varios años más tarde, cuando mis esfuerzos se vieron coronados por el éxito, y esto en el duro calor del verano ciudadano.

Un día bajé a la región donde florecían muchos talleres de explotación laboral. La primera calle que seleccioné estaba cerca del río, estrecha, sucia, maloliente, bordeada por aceras hechas con tablas traicioneras y amurallada por casas desvencijadas, apestando a rancio; y por esa calle caminé buscando empleo. Puedo incidentalmente mencionar que cubría mi ropa, más raída de lo usual, con un largo abrigo, el cual deposité en una casa de empeño antes de buscar trabajo. Los talleres de explotación laboral pululaban. A tientas me abrí camino hacia el tercero o cuarto piso de muchas casas, preguntando si necesitaban una “mano”, y otras tantas fui rechazada, y las más de las veces con una mirada o una palabra salvajes. Un hombre dijo, con una franqueza brutal, y con un inglés maltrecho, que yo tenía la cabeza muy erguida y que no quería gente de mi tipo. Me retiré, conversando un poco conmigo misma, y me di algunas lecciones de humildad de espíritu y practiqué una posición de la cabeza que expresara vergüenza. Otro fue escéptico porque mis dedos no tenían marcas de pinchadas de aguja, mientras que otro me objetó basándose en que yo era americana y probablemente era perezosa. Eso me pareció muy divertido. ¿Realmente el trabajador nacional es discriminado en su propio país? Hallé que estos subcontratistas extranjeros –y hay más de tres mil en Chicago– favorecían a empleados extranjeros, y no fui capaz de determinar si la razón era celos o temor.



Escena en un taller de explotación laboral

Al final encontré trabajo en un taller trasero ubicado en un segundo piso, donde ocho hombres y dos mujeres hacían pantalones cortos. Una tercera mujer, que trabajaba allí, ese día estaba enferma, y el dueño me dijo que podía ocupar su lugar, y mi paga dependía de la cantidad de trabajo que realizara. Ansiosamente asumí mi tarea, que era coser los bolsillos de los pantalones cortos. Era un trabajo que se hacía por completo a máquina. Me dijeron que me sentara ante una gran máquina accionada por un pedal y cosiera una pila de bolsillos de una yarda de alto. Luego de unas pocas y breves instrucciones estuve lista para accionar la máquina; pero temo que era más bien lenta, pues apenas si podía seguir el ritmo de un hombre que estaba sentado en una máquina cerca de mí, empleado en montar los ribetes; y tenía una pila enorme con la que comenzar. Afortunadamente, tenía algo para hilvanar, así que eso me ayudó un poco. Luego de una hora o dos me convertí en algo más que una experta y cortaba un flujo constante de bolsillos. Y justo aquí deseo introducir una protesta contra poner bolsillos en los pantalones de los niños. No es necesario, y son tan difíciles de hacer. Si alguien imagina que trabajar en una máquina de coser todo el día es cosa fácil, permitámosle intentarlo por un rato a ver. Una salud abundante y cierta fortaleza evitó que cayera postrada al final de mi primer día; una mujer más débil, no acostumbrada al trabajo duro, no podría haber soportado la prueba. Se dice que los hombres fuertes que han trabajado en estas máquinas de pedal desde su juventud, a los treinta y cinco ya están hechos polvo; a menudo total o parcialmente paralizados de las caderas hacia abajo. En verdad, es una perspectiva triste para el trabajador, que se da cuenta de que será un viejo minusválido aun cuando sea joven en edad. En la fábrica moderna las máquinas de pedal virtualmente han desaparecido y han sido sustituidas por máquinas eléctricas. Allí uno puede coser todo el día, usando el pie sólo cuando es necesario presionar un botón para detener o poner en marcha la máquina.

No puedo describir el cansancio total que me poseyó cuando acabó mi primer día de trabajo. Cosí desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, con una breve parada para almorzar; los otros estaban trabajando desde más temprano. Por supuesto, sé que la novedad de la tarea la hizo doblemente dura para mí. Mis compañeros no estaban tan cansados como yo.

Pero dejemos pasar la sensación física y observemos a mi alrededor. Como ya se mencionó, estábamos en un taller trasero, al cual se llegaba a través de un callejón pavimentado con latas y botellas rotas, y las escaleras exteriores estaban desvencijadas de un modo que no se podía creer. Cada escalón gruñía y temblaba mientras trepaba cuidadosamente hasta el piso, donde tenía que agacharme un poco para poder entrar a un pequeño salón iluminado por una ventana. En este salón estaban seis personas y cinco máquinas, el sexto hombre era un prensador. Luego del primer salón había un segundo, más pequeño y más oscuro, donde trabajaban el jefe del establecimiento y dos hombres más. Todo el lugar estaba sucio, y aún más desagradables eran los olores indeseables de las habitaciones adjuntas, donde la emprendedora esposa hospedaba a los trabajadores. El prensador era un objeto feo, en mangas de camisa y pantalones, y literalmente hervía en su trabajo. La transpiración goteaba continuamente de su barba, corta y marrón, a las vaporosas ropas que estaba planchando. Las planchas se calentaban en una estufa de aceite maloliente, y todo esto convertía el salón en algo horriblemente desagradable. Pero estas cosas no suponían diferencia alguna para los hombres y mujeres, cuyos seres eran absorbidos completamente por el proceso de hacer pantalones cortos; a cada cual le pagaban de acuerdo al número de piezas que acabarían⁹.

Los subcontratados no pertenecen a sindicato alguno, así que no hay pago mínimo. La ley estatal para las fábricas teóricamente regula el número de horas por día de trabajo. Digo teóricamente porque en la práctica real el subcontratado y su familia trabajan tantas horas como les convenga. En Nueva York encontré mujeres, e incluso niños menores de edad, trabajando hasta cerca de la medianoche en la temporada alta. A los niños pequeños se los puede usar provechosamente para retirar los hilos del hilvanado. Sus pequeños dedos hacen el trabajo lo suficientemente bien, y ahorra mucho tiempo a los miembros adultos de la familia. Esto es atroz para aquellos cuyos recuerdos de infancia están compuestos por largos días de deliciosos juegos al aire libre, yéndose a la cama a la hora del ocaso. Y esto es lo que pertenece a cada niño; ¡y maldito sea, digo, el sistema industrial que estafa a los niños este derecho dado por Dios!

Una de las escenas más tristes que vi fue la de un grupo de tres niñas, menores de diez años, sentadas en el piso del salón de un taller quitando hilos del hilvanado de unas corbatas que la madre y la tía estaban rematando. Las pequeñas estaban apilando los hilos y pretendían que eran pelotas con las cuales jugarían cuando la jornada nocturna acabara. Pero los pequeños y cansados ojos se adormecieron antes de que fueran libres para jugar como habían planeado.

Mi empleador tenía dos hijos que trabajaban en el taller durante el día, y tengo varias razones para creer que realizaban otras tareas luego de marcharnos¹⁰.

⁹ Excepcionalmente se contrataba ayuda extra y se pagaba por día. (N.A.)

¹⁰ La ley sobre trabajo infantil de Illinois, en vigor desde el 1 de julio de 1903: "*Sección 1. El niño menor de catorce años.*- El pueblo del estado de Illinois, representado por la asamblea general, decreta: Que ningún niño menor de catorce años de edad será empleado, con permiso o por la fuerza, para trabajar en cualquier ocupación remunerada en cualquier teatro, sala de concierto, o lugar de diversión donde se vendan licores tóxicos, o en cualquier institución mercantil, tienda, oficina, hotel, lavandería, establecimiento de manufacturas, boliche, montacargas, fábrica o taller, o como mensajero o conductor, dentro de este estado. Que ningún niño menor de catorce años de edad será empleado en ningún trabajo remunerado o por cualquier otra compensación, durante cualquier período de cualquier mes mientras las escuelas públicas de la ciudad, pueblo o villa en la cual resida, estén en sesión, tampoco será

Al día siguiente estaba en mi lugar a las siete en punto de la mañana para encarar las privaciones de la jornada; una criatura desgastada y cansada, pero contenta de que se le hubiera permitido regresar. Me dijeron que mi trabajo no era de alto nivel, pero como era más veloz que muchos novatos consideraban que conmigo había esperanzas. Dos días de trabajo haciendo bolsillos me reconciliaron con mi pertenencia al sexo *desbolsillado*.

Mis compañeras eran dos alemanas, judías e impasibles, con rostros inexpresivos. Ambas estaban casadas y tenían varios hijos en casa. Durante la hora del almuerzo del segundo día, les pregunté si estaban muy cansadas, y ambas estuvieron de acuerdo en que preferirían morir antes de continuar mucho más tiempo en ese trabajo. La espalda les dolía incesantemente por el pedaleo en las máquinas. Les pregunté por qué no intentaron la vida de fábrica. Una dijo que las fábricas cercanas no empleaban a personas que no estuvieran en el sindicato, y ella no podía unirse a uno por dos razones: primero, su esposo no se lo permitiría, porque casi lo matan en una revuelta durante una huelga en la que fue un “esquirol”; y, segundo, no conocía el trabajo lo suficientemente bien. La otra mujer dijo que no se tenía independencia en una fábrica, lo cual, si se lo interpretaba, realmente significaba que no quería ser un diente diminuto en una enorme rueda de engrane. Ella pensaba que era la rueda en el establecimiento del Sr. G.; y luego me di cuenta de que sus pensamientos eran muy correctos, pues el resto la temía, y cuando le pidió al prensador que se llevara su feo aspecto al salón próximo y fuera de la presencia de la “nueva dama”, él se escabulló tímidamente. Esto fue a la hora del almuerzo, cuando estábamos tratando de comer las sobras que la mujer del gerente nos había traído. No pude obligarme a comer. Honestamente, mi convicción es que antes hubiera elegido morir de inanición, pero afortunadamente no se me pidió que eligiera. Mi apetito había desaparecido. La comida podía haber sido sana, pero, para decirlo suavemente, no era atractiva.

Al final de mi segundo día me dijeron que la mujer a quien yo estaba substituyendo regresaría al día siguiente, así que mis servicios no serían requeridos. Recibí esta noticia con un gran alivio, pues odiaba con toda mi alma la enorme máquina en la que trabajé todo el día. Me sentí como si hubiera sido esclavizada y me dio escalofríos al pensar en esa existencia rutinaria.

Aprendí muy poco de los trabajadores. Los hombres eran evasivos, incluso suspicaces con los extraños. Las mujeres estaban cansadas y no respondían a nada, y estuvimos juntas solamente dos días. Pero vi mucho. Vi a un grupo de seres humanos trabajando en condiciones que no se ajustan a los seres humanos; vi cómo se hacían pantalones cortos en medio de una suciedad demasiado odiosa para ser descrita; y vi la miseria ante mí durante dos días de penurias. Noté que esa ropa, una vez terminada, se enviaba a distribuidores por todo el estado, y se vendía tan barata que incluso las madres campesinas la compraban para sus hijos. Las personas se sorprenden de que esa ropa pueda venderse a precios tan

empleado en trabajo alguno antes de las siete de la mañana o después de las seis de la tarde. Dado que a ningún niño le será permitido trabajar más de ocho horas en cualquier día.”



Chicas de catorce y quince años

bajos, y, bueno, pueden sorprenderse. Deberían horrorizarse por las condiciones que la hace tan barata. La docena de pantalones cortos tiene un valor de entre cincuenta centavos y un dólar quince, a un promedio de seis o siete centavos por pantalón.



Tres jóvenes subcontratados

Ninguna persona razonable condena el abaratamiento legítimo de la ropa, pero es la demanda a toda costa de productos baratos lo que debería estar sujeto a condena; y no debemos perder de vista el hecho de que el abaratamiento de las prendas de vestir ha sido un alivio para muchas madres sobrecargadas, cuyos días son demasiado cortos y no tienen tiempo para coser las ropas de sus familias.

Mi experiencia en el taller del Sr. G. me obligó a concluir que ningún dinero me induciría a comprar pantalones cortos sin averiguar, antes que nada, en la medida de lo posible, dónde fueron hechos. El deber del consumidor es enterarse de las condiciones de producción. Y nosotros que compramos no necesitamos aliviar nuestras conciencias con la creencia de que somos inocentes, mientras las personas que realizan el trabajo son las únicas pecadoras. Puede que eso sea cómodo, pero también es criminal. El contratista nos da lo que estamos dispuestos a tomar. Una protesta suficiente de nuestra parte, lo inducirá a cambiar su método, si es objetable.

Mi segunda empleadora era una mujer de apariencia frágil con un nombre polaco. Ella y su hija estaban trabajando en batas de algodón para mujeres. Cuando aparecí pidiendo empleo, fueron escépticas sobre si necesitaban ayuda, pero finalmente me dijeron que podía quedarme, y si demostraba ser útil me

darían cincuenta centavos por día. Evidentemente, sobreviví a sus expectativas, pues me quedé cuatro días. Luego me despidieron. Comenzábamos a trabajar cerca de las ocho de la mañana, y trabajábamos sin parar hasta cerca de las seis y media, con algunos minutos para almorzar. Llevé el almuerzo conmigo y comí sola en la habitación donde cosíamos; los otros comían en una pequeña cocina, la única habitación adicional del taller. Descubrí que la hija dormía en la cocina, mientras que el padre y la madre ocupaban el cuarto. El padre era un obrero no especializado y hacía trabajos dispares. Así que vivían – dormían y trabajaban– en la misma habitación, una clara violación de la ley estatal sobre fábricas y talleres.

Esta condición existe en lugares demasiado numerosos como para nombrarlos, y el hecho de que exista no despierta rencor alguno en los inspectores de las fábricas, quienes son conscientes y eficientes, pero en una cantidad totalmente inadecuada para arreglárselas con la situación. En Illinois sólo hay diecinueve, mientras que Nueva York tiene cincuenta, Massachusetts treinta y Pennsylvania veintiséis. Ocho funcionarios necesitan tres meses para inspeccionar una vez todos los talleres de explotación laboral de Chicago. Está claro que una inspección anual es insuficiente. Los inspectores visitan los talleres de trabajo en otoño, que es la temporada alta, lo cual abarca de septiembre a diciembre. Durante el resto del año los subcontratistas hacen lo que les place. Cuando una recuerda que diecinueve personas inspeccionan más de veinte mil establecimientos, que emplean cerca de medio millón de personas durante el año, la titánica tarea de los inspectores se hace evidente. Sólo en Chicago hay cerca de seis mil¹¹ talleres de confección, que emplean a veinticinco mil mujeres y dos mil o más chicas menores de dieciséis años, además de veintiún mil hombres y quinientos niños. Para una explicación gráfica se adjunta la siguiente tabla como recapitulación de los hechos precedentes:

Inspectores de fábrica en Illinois.....	19
Inspecciones anuales.....	17,219
Total de empleados.....	484,172
TRABAJADORES DE LA CONFECCIÓN (CHICAGO)	
Establecimientos.....	5,313
Total de empleados.....	50,417
Mujeres.....	25,573
Chicas menores de dieciséis años.....	2,417
Hombres.....	21,579
Chicos menores de dieciséis años.....	569

Y este es el gran ejército cuya vida y condiciones de trabajo me interesan, y deberían interesar a todo aquel que compre ropa. Uno no puede acallar su conciencia anunciando que compra su ropa a modistos caros, y así no tiene contacto con bienes producidos por la subcontratación; por lo tanto es libre de responsabilidad en la materia. Semejante jarabe al principio tranquiliza, pero al final puede resultar letal. En primer lugar, el mero acto de comprar ropa cara no lo exime a uno del peligro de la ropa producida en los talleres de explotación laboral. El sastre que cobra precios altos es muy probable que contrate a alguien para hacer el trabajo, que puede que no sea un subcontratado, pero puede dar el trabajo a quien sí lo sea; y así, un abrigo de cien dólares puede reposar en la cama de un paciente con escarlatina antes

¹¹ Aquí sólo se usan cifras redondas. (N.A.)

de que sea entregado listo para su uso. El alto costo por sí solo no es garantía de que la prenda haya sido hecha en condiciones decentes.



Mozos de carga

Por otro lado, aunque estemos seguros de que nuestra ropa está hecha en un lugar donde los trabajadores reciben un sueldo justo, allí no acaba nuestra responsabilidad con la sociedad. El hecho de que cualquier prenda sea manufacturada y vendida con los gérmenes de una enfermedad y la sangre de los trabajadores sobre ella, debería ser incentivo suficiente para que todas las personas exijan que ese horror cese.

Alguien podría preguntar: “¿Qué podemos hacer?” La respuesta es clara: Insistir en que cada prenda que compremos tenga una garantía. Los distribuidores sólo están deseosos de satisfacer a sus patrones. Si aceptamos sin cuestionamiento lo que ofrecen, ¿por qué deberían cambiar? Su único deseo es favorecer a sus clientes –los consumidores.

Los talleres de explotación laboral deberían ser exterminados, y sólo hay una manera segura de que dejen de existir; esto es, por la acción conjunta de aquellos que compran ropa. Hay una organización cuyo objetivo principal es despertar hacia la acción a personas aletargadas que hacen caso omiso a la responsabilidad social y moral. En este sentido, la Liga de Consumidores sólo respalda la ropa hecha en condiciones sanas. La etiqueta de la Liga de Consumidores se ha convertido en un factor potente en el mundo mercantil, e intenta volverse más poderosa en la medida en que la organización consigue más y más la inteligente simpatía de la comunidad. Cabe decir que la etiqueta de la Liga de la Unión de Mujeres representa el mismo principio, pero su respaldo es sindical. Esto está creando una conciencia pública en una clase poco afectada por la lógica de la Liga de Consumidores, y así está haciendo un excelente trabajo para la sociedad.

Otro de mis empleadores fue un judío barbirrojo que hacía camisas. Tenía tres mujeres y un muchacho trabajando para él, y estuvo de acuerdo en emplearme por sesenta centavos diarios. Fui inmediatamente a trabajar rematando puños. Las camisas en las que estaba trabajando venían de una camisera ultra-elegante –una mujer– que pide ocho dólares por hacer una pieza. Me enteré de su identidad por un muchacho que llevaba paquetes de aquí para allá. Unos días después llamé a esa mujer y le pregunté sus precios. Me los dio tal como se los había pedido. Luego pregunté si las camisas las hacía en su propio taller. Con una sonrisa fascinante respondió: “¡Oh sí, hacemos todo bien en el cuarto trasero. Es por eso que cobro buenos precios y acepto una cantidad limitada de trabajo de gente selecta!” Le dije que pensaba que entonces no encargaría nada, y lo dejaría así, sin importarme no pertenecer a los “selectos”. La camisera añadió una mentira insultante a la injuria de la ropa hecha en condiciones de explotación laboral. Sus camisas estaban cortadas cuidadosamente, pero eran hechas tan pobremente como muchas de las más baratas.

Una estancia entre los trabajadores de la confección ciertamente revela algunos hechos extraños de la fabricación de ropa elegante. Ahora nunca veo ciertos establecimientos, más o menos elegantes, sin

pensar en el mismo tipo de talleres ligados a ellos por un lazo invisible. La dama que esparce sonrisas por los barrios poco se imagina que la estilizada ropa que usa pudo haber sido hecha, en parte, más allá, en el maloliente callejón donde nunca entrará. ¡Podrá ser su primera visita a ese lugar pero su ropa se sentirá como en casa!

Trabajar en el taller del judío barbirrojo fue duro para mí, porque los días eran insufriblemente calientes, y la luz era pobre, pues la sala de trabajo estaba en un lugar cerrado. Trabajaba más bien lento, y tenía la sensación de que posiblemente no merecía más de sesenta centavos diarios. Pero mi orgullo sufrió un golpe espantoso cuando mi empleador me dijo que no merecía nada, y no quiso pagarme. Esta decisión me llegó precipitadamente al final de mi segundo día, cuando pedí mi paga, pues no tenía intenciones de regresar.

Allí aprendí algo de mis compañeros. Las mujeres eran mayores y nada comunicativas. Una de ellas tenía una fea llaga en su mano, la cual trataba de mantener cubierta. No “acabaría” por ella, y provoqué su disgusto. No dije nada, pero siempre preferí coger el trabajo de otra persona antes que el suyo.



Joven cosedora

Otro taller donde trabajé sólo medio día, fue más interesante porque allí estaba un grupo de chicas que mantenían el lugar animado todo el tiempo. Le pregunté a una de ellas si suponía que podía encontrar trabajo en una fábrica, y dijo: “¡La ley, sí, si quieres unirse al sindicato!” En cuanto a ella, afirmaba que cualquier cosa era mejor que “vivir según las reglas”. Las otras declararon que ella no era lo suficientemente diestra para pertenecer a un sindicato, pero se mostraban muy alegres en la disputa, así que no pude determinar cuál era su objeción real a la fábrica. Estas eran las primeras subcontratadas felices que había encontrado. Las seis chicas mascaban chicle, y se reían mientras cosían. Me dieron quince centavos por mi trabajo de medio día. Ya no me necesitaban, así que tenía que buscar otros escenarios laborales.

No quería compromisos largos en los talleres. No era necesario para mi propósito. Simplemente quería verificar mi conocimiento respecto de las condiciones laborales reales. Había visitado más de cien de estos lugares, y ya conocía el aspecto que presentan al observador; pero unos cuantos minutos de visita nunca pueden enseñarle a una las penurias de los trabajadores. Podemos quedarnos boquiabiertos cuando nos cuentan de mujeres que trabajan doce o catorce horas por una miseria, pero, después de todo, eso no significa nada hasta que una ha experimentado los ojos cansados, los mareos y la espalda dolorida causados por un largo día de coser en un cuarto mal ventilado y pobremente iluminado. Mis pobres hombros, apretados, me hicieron comprender los sentimientos de la mujer que cantaba la “Canción de la camisa”; y muchos de nuestros trabajadores de hoy día saben lo que significa “coser, coser, coser, en la pobreza, el hambre y la suciedad.” Y ¿quién los obliga a hacerlo? Nosotros. Nuestra locura por lo barato ha abaratado sus vidas.

Pero el taller de explotación laboral debe seguir; y el consumidor cristianizado debe hacer que siga.

Otra empleadora fue una mujer que hacía fundas de corsés. Trabajé parte de un día y recibí treinta y cinco centavos por mi tiempo. Era trabajo manual casi en su totalidad –del tipo que aparece en la

lencería cara. El tejido en sí era placentero, pues los materiales y el encaje eran suaves y finos; pero antes de que el día terminara mis dedos inexpertos estaban pinchados más allá de cualquier reconocimiento. Las otras, acostumbradas al trabajo con agujas, no se hicieron semejante violencia corporal.

El cuarto de trabajo estaba limpio y brillante y alegre, y miraba la calle desde el quinto piso de un edificio más bien pobre. Nuestra empleadora era una americana respingona y soltera, cuyo contacto con el mundo industrial no la había suavizado mientras avanzaba en edad. Parecía tener dos misiones en la tierra: una, hacer ropa interior; la otra, proferir invectivas contra el matrimonio; y se zambullía en ambas con igual entusiasmo. Creo que hizo una buena vida a partir de su costura. Tomó el trabajo de una persona que elaboraba ajuares elegantes y, de vez en cuando, empleaba tanta ayuda como fuera necesaria. Su método consistía en contratar chicas por una semana y descartarlas en la noche si lo deseaba. Por supuesto, su razón para ofrecer trabajo por una semana era que pocas considerarían una propuesta de sólo un día. Yo lo hice, es cierto, pero una mujer que se mantiene a sí misma cosiendo dudaría en detenerse por semejante contrato. Nuestra empleadora me dijo que usualmente pagaba cincuenta centavos por día a las costureras inteligentes, pero, como dije antes, sólo me dio treinta y cinco centavos, arguyendo que no trabajé todo el día. Realmente trabajé nueve horas y media, mientras que las costureras regulares cosían doce horas. La solterona de granito creía en machacar el alma de sus empleadas. Su filosofía de vida era que las mujeres son demasiado perezosas y demasiado propensas al sentimiento. El primer rasgo maligno que buscaba erradicar de toda aquella que formara parte de su maquinaria industrial; mientras arengaba apenas su boca estaba libre de alfileres y botones. “¡Cuidado con los hombres!” era el slogan que hacía brillar a las agujas a través de encajes y muselina. Incluso daba charlas gratis después del trabajo sobre este importante tema, y, sin embargo, estaba poco dispuesta a pagar a sus mujeres sueldos que las hicieran financieramente independientes de los hombres. No estuve el tiempo suficiente para enterarme de la justificación de semejante inconsistencia.

El matrimonio prematuro es, usualmente, la última protesta de las chicas trabajadoras contra un sistema de merecimiento de sueldos que las pone contra la pared. No es tanto una esperanza de mejorar su condición, como desear escapar de la miseria inmediata que las lleva a zambullirse en lo que a menudo se convierte en el fuego infernal del matrimonio. Así, el supuesto estado ideal frecuentemente se convierte en un purgatorio, cuyos únicos medios de escape son el tribunal de divorcios o la muerte. Pensamientos como estos evidentemente surgían de la mente de mi empleadora, que en sus advertencias y lamentaciones mezclaba la muselina con la miseria matrimonial. Era un tipo único de subcontratista.

Las prendas que hacíamos allí se vendían a cinco dólares la pieza, y mis inexpertas manos hicieron una ese día. Podía comprar los materiales en cualquier tienda al por menor por setenta y cinco centavos, así que había una ganancia de cerca de cuatro dólares luego de pagar por mi trabajo, y esto sobre la falsa asunción de que los materiales se comprarán a un minorista. Las estilizadas clientes hacían sus pedidos de ropa interior hecha a mano a la elegante modista, quien la ofrecía “casi al costo”, para ser complaciente con ellas, y luego enviaba el trabajo a un subcontratado que vivía en un insalubre barrio de la ciudad. ¡También puede ser que no seamos omniscientes! Aunque en este establecimiento no había el serio problema de la suciedad con el que una se encuentra frecuentemente en un taller de explotación laboral, sí estaba el otro problema, igualmente serio, de permanecer largas horas trabajando por una paga insuficiente. Ese problema estaba ahí, exigiendo una respuesta del comprador consciente. Y este, después de todo, es el problema vital.

Las condiciones físicas insalubres pueden disminuir la vida, las otras atrofian el crecimiento espiritual, moral y mental de todos aquellos que se dedican a ganarse el pan. Cuando la prosperidad es ostentosa a los ojos de la gente, parece incongruente que miles y miles de ciudadanos, nominalmente libres, estén en una esclavitud más hostigadora que aquella que la Guerra Civil borró para siempre. Los esclavos negros tenían techo y comida segura, mientras que los esclavos industriales blancos llevan una existencia más precaria. No es placentero vivir con el hambre mirándote fijamente a la cara, y, a pesar de los ingeniosos esquemas para vivir con cinco centavos diarios creados por la gente que ha saciado su apetito en cuartos con calefacción, es un serio problema para una mujer sola en la ciudad tratar de vivir con dos o tres dólares a la semana. Los desafortunados que ganan esta miseria en los talleres de explotación laboral, usualmente abandonan la lucha por mantener una apariencia decente, y van por ahí con el andar desgarbado y la mirada nublada por el descontento propio de un corazón que ha perdido las esperanzas. La alegría del servicio dado les resulta desconocida, y una no puede asombrarse por ello. Es algo simple crecer con entusiasmo a partir del ferviente deleite que debería estar en el alma de quien trabaja con sus manos, pero la emoción real es una farsa pavorosa del sueño idealista. Los pensamientos alegres son una burla cuando una cose todo el día en un cuarto sombrío, insalubre y con el estómago medio vacío. El subcontratado está por debajo del operario industrial en todo lo que convierte a la vida en algo más que una mera existencia física.

Observé mucho mientras trabajaba con ellos. No había una tarea ligera para aquel que no estuviera acostumbrado a la máquina –o coser a mano durante horas, coser, coser, coser, con cada nervio tenso por el esfuerzo de lograr lo más posible; no era un juego de niños aguantar los huesos doloridos y los mareos y la vista cansada que son parte de ese trabajo. Pero he ignorado a propósito mucho de esto por dos razones. En primer lugar, no reclamo para mí heroísmo alguno por soportar el trabajo duro, pues fue auto-impuesto y por un propósito; y, en segundo lugar, habría que cargar mucho de mi incomodidad a la



Chica de 15 años que cose a máquina durante todo el día

inexperiencia. Cualquier esfuerzo físico inusual produce un cansancio excesivo. Así, mientras mi fatiga no tiene un valor significativo, el punto más agudo debería ser que hay miles de mujeres víctimas de un sistema vocal conformado por el sollozo de los niños y los gruñidos de las mujeres cansadas, cuya labor no consigue compensación alguna ni guarda relación con el trabajo entendido como contribución a la sociedad. Semejante condición es fatal para el progreso en su sentido más amplio.

Esto puede aplicarse con igual certeza a otras ramas de la industria, pero eso no debilita su potencia como argumento para un cambio en esta ocupación en particular. Los bienes producidos en los talleres de explotación laboral son una amenaza constante a la sociedad, tanto por el daño hecho a los trabajadores debido a las malas condiciones en que trabajan, como por la exposición a enfermedades contagiosas; y la opinión pública debería apoyar este veredicto.

Teóricamente esto lo respaldan todas las personas inteligentes, pero un respaldo útil debe ser capaz de demostrarse en la práctica. En este caso debe significar un fuerte rechazo a las prendas que han sido hechas en esos talleres, y esto implica insistir en una etiqueta que asegure al comprador que el artículo en cuestión fue hecho o no en un taller de explotación laboral. En cada caso este comprador podría tomar su propia decisión.

Puesto que cada comprador no puede convertirse en un inspector voluntario, el método más racional de lograr su cometido es unir su protesta a una protesta organizada, y así aumentar su potencia. La "Liga de Consumidores" es una cruzada racional y efectiva a favor de los bienes fabricados en condiciones sanas, y su garantía tiene un peso. Por lo tanto, parece algo simple para el comprador de prendas ya confeccionadas ayudar en el esfuerzo por cristalizar una opinión pública que actúe en la línea sugerida por esta organización; y aquellos que no están informados harían bien en conocer sus principios por sus propios medios; a saber, trato justo a los empleados en los establecimientos mercantiles; talleres higiénicos; y un intento por dar la responsabilidad a quien le pertenece. La Liga respalda a los comerciantes cuyos estándares son altos.

Creo que el mal en los talleres podría erradicarse si las personas pensantes prestaran su ayuda. Las organizaciones comerciales están trabajando en ello; y cuando todas estas fuerzas sean lo suficientemente enfáticas en la denuncia de este deplorable sistema, desaparecerá como del mundo civilizado desapareció la esclavitud de los negros.

ANNIE MARION MACLEAN.

CHICAGO.

Formato de citación

MacLean, Annie Marion (1903/2007). El taller de explotación laboral en verano. *Athenea Digital*, 13, 247-260. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/503>



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)